

Un Pequeño Libro Sobre Por Qué Nos Escondemos

Cómo Jesús nos Rescata de la
Inseguridad, el Pesar,
el Fracaso y la Vergüenza

Edward T. Welch

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

Un Pequeño Libro sobre Por Qué Nos Escondemos fue publicado originalmente en inglés bajo el título **A Small Book about Why We Hide**.

Author: Edward T. Welch
Publisher: New Growth Press
© 2020, Edward T. Welch

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960 * © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovada © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960 * usada con permiso.

© 2022
EB-509
ISBN 978-1-953663-84-9

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870
www.ebi-bmm.org
(863) 382-6350

Traducción: Alicia Güerci Hotton.
Impreso en Colombia

Índice

Comienza Aquí	I
Parte 1: Inseguridades, Temor a las Personas,	
Remordimientos y Fracaso	7
Día 1: Ser Visto	8
Día 2: Está en Todas Partes	13
Día 3: El Temor	17
Día 4: “Me Has Decepcionado”	22
Día 5: Una Mirada Más Meticulosa	27
Día 6: Sentimientos y Fe	32
Día 7: No Te Escondas de Dios	37
Día 8: La Humildad	41
Día 9: Dios Te Ama Más de lo que Tú Lo Amas a Él ..	46
Día 10: Ama a Dios Más que a las Demás Personas	51
Día 11: Ama a las Personas Más de lo que las Necesitas	56
Día 12: Escucha	62
Día 13: Llevado Cerca	66
Día 14: El Camino Hasta Aquí	71
Día 15: Sé Perfecto	77
Día 16: Dos Reinos	85
Día 17: Un Hijo o un Esclavo	91
Día 18: Padre Mío	95
Día 19: El Temor a las Personas	100
Día 20: Las Personas como Ídolos	106
Día 21: Regresa	111
Día 22: Postes Kilométricos	115
Día 23: El Fracaso	120
Día 24: El Promedio	125

Día 25: La Debilidad.....	130
Día 26: El Último.....	135
Día 27: Currículum en Llamas	141
Día 28: Una Piel Dura, un Corazón Tierno	145
Día 29: La Oración.....	150

Parte 2: Vergüenza, Minusvalía Personal

y Autoaversión	153
Día 30: Algo Más Oscuro	154
Día 31: Dios Rechazado	159
Día 32: Tu Historia	163
Día 33: “Si Hubiera...”	172
Día 34: Jesús, Tu Sumo Sacerdote.....	181
Día 35: Tu Sumo Sacerdote Te Limpia.....	186
Día 36: Tu Sumo Sacerdote Te Conoce.....	193
Día 37: Tu Sumo Sacerdote Entra en Tu Historia	198
Día 38: Tu Sumo Sacerdote Ora por Ti	206
Día 39: Responde a Tu Sumo Sacerdote.....	211
Día 40: Tu Acusador.....	217
Día 41: Límites Nuevos	223
Día 42: El Final Nuevo.....	227
Día 43: Dios Canta	232
Día 44: El Favorito de Jacob	235
Día 45: Una Mujer Tocada	240
Día 46: Dos Banquetes	247
Día 47: Dios <i>Quiere</i> Estar Cerca	252
Día 48: La Risa.....	256
Día 49: Las Escrituras Se Abren	262
Día 50: Hoy	265
Insertando Tu Historia en la Historia de Dios.....	270

Comienza Aquí

Todos tenemos voces que nos dicen que nunca somos suficientemente aptos. Si nos comparamos en la escuela, no lo somos en el deporte, en la belleza ni en ninguna otra cosa. Siempre tenemos voces, a nuestro alrededor y en nosotros, que nos aseguran que, en verdad, somos inferiores o promedio, lo cual afecta del mismo modo.

El esconderse, la inseguridad, la incomodidad de ser como somos, el fracaso, el sentimiento de indignidad o de valer menos que los demás, el temor al rechazo, los remordimientos por un pasado que preferiríamos que no se supiera... todas estas cosas caracterizan la vida diaria. Si no las tratamos, se convierten en vergüenza y autoaversión.

Este es un pequeño libro de lecturas de experiencias humanas que están lejos de ser pequeñas. Con demasiada frecuencia queremos escondernos o, al menos, esconder alguna parte de nosotros.

Nos escondemos porque no somos... suficientemente aptos.

El esconderse, desde luego, trae sus propios problemas. Reduce nuestras relaciones interpersonales cercanas

a simples conocidos. Ponemos cara de buenos amigos, para que nunca nos conozcan de verdad. ¿El resultado? Nos aislamos cada vez más. Las relaciones no pueden prosperar con tal aislamiento. Como si esto no fuera ya lo suficientemente malo, nuestras relaciones humanas revelan nuestra relación con Dios. Si te escondes de otras personas, te esconderás de Dios. Si no eres abierto con Dios, no eres abierto con las demás personas. Las dos cosas van juntas. Pero la vida continúa y, sea como sea, mañana te levantas y sigues con tu vida. Los seres humanos somos resilientes; al menos, por un tiempo.

Las palabras de Dios en las Escrituras pueden parecer extremadamente alejadas de estas luchas diarias. Sabemos lo que Dios dice sobre el asesinato, la mentira y la infidelidad. No obstante, nuestros frágiles mundos interiores son un asunto diferente. Sabemos que Dios habla a nuestra vida *espiritual*, lo cual asociamos con la oración y la lectura bíblica. Pero nos preguntamos si necesitamos algo más que hable a las partes escondidas de nuestra vida: los miedos, la vergüenza, el remordimiento y los fracasos.

Intentemos un enfoque diferente: Dios nos creó para que seamos abiertos y sinceros con él, y los unos con los otros. Si alguna vez tuviste esa clase de relación, sabes que esto es verdad. Si nunca tuviste esa clase de relación, quieres tenerla. Dios habla detallada, amable y sabiamente sobre estos asuntos esenciales

de la vida, y lo que dice es muy bueno. Con esto en mente, escuchamos e investigamos hasta que la esperanza va introduciéndose minuciosamente... y nuestra necesidad de escondernos empieza a desaparecer.

Comenzaremos con inseguridad: ese sentimiento subyacente de que no somos suficientemente adecuados. Aquí se abre una gran puerta a las Escrituras. Todos estamos familiarizados con ella y a todos se nos invita a escuchar. Nuestras inseguridades son también un comienzo menos estremecedor que luchas tales como los sentimientos de insignificancia y humillación, los cuales aparecen más tarde; y las inseguridades parecen estar menos ligadas a nuestra identidad.

Luego consideraremos el fracaso, que es más difícil de enfrentar. Podemos sentirnos inseguros sin tener una lista larga de fracasos significativos. El fracaso confirma nuestras sospechas: somos realmente perdedores.

También puede encontrarse casi en todas partes. Conozco a una mujer de sesenta años que ama a las personas. Escucha y hace buenas preguntas. Sus conversaciones llevan de inmediato a asuntos importantes. Hace poco, otra mujer simplemente preguntó: “¿Podrías contarme *tu* historia?”.

El tablero se había dado vuelta. Ella estaba acostumbrada a preguntar en lugar de revelar. Ahora la conversación era sobre ella. En respuesta a ello, su mente vaciló. Una vida con un padre alcohólico, un

sentimiento de ineptitud, un currículum sin logros terrenales... una perdedora total. Su vida se desplegó delante de ella, y lo único que vio fue fracasos. Cuando los fracasos se acumulan, *ciertamente* se convierten en una identidad.

¿Quién hubiera imaginado que justo por debajo de su manifiesto interés competente por los demás yacía una permanente sensación de fracaso? Y ella representa a muchos de nosotros.

Después del fracaso viene la vergüenza. Así es como están ordenadas estas lecturas, y así también es como las luchas de la vida pueden disminuir. La vergüenza es lo más difícil, lo más dominante de la vida y lo más escondido. Quizá hiciste algo realmente malo y se volvió público. Cualquier adicción entraría en este rubro. Muy a menudo, la vergüenza no es tanto resultado de lo que tú hiciste sino de lo que *te* hicieron *a ti*. Cuando te tratan como nada, sientes que no eres nada. Cuando te tratan desgraciadamente, crees que eres una desgracia. Sea como sea —hecho por ti o hecho a ti—, esperas desaparecer o morir, siendo ambas cosas versiones extremas de esconderse.

El sendero que tenemos por delante no termina con esconderse. Dios apunta a reemplazarlo por una confianza firme. No hace falta que tú mismo te defiendas. Tranquilo... como un niño a salvo. Amado... y seguro de serlo. La vida seguirá teniendo sus difi-

cultades, pero sin los niveles subyacentes de complejidad que pueden perturbar nuestro mundo interior. Todo esto no se produce fácilmente; en especial por la forma en que la vergüenza puede dejarte casi incapaz de percibir cualquier cosa buena. Pero las palabras de Dios son sumamente poderosas; el alimento que fortalece tu alma.

Cada día incluirá una lectura de las Escrituras y algunas preguntas o sugerencias como respuesta. Si puedes hablar sobre estas cosas con otras personas, muchísimo mejor. Tal vez podrías considerar comenzar un diario a medida que avances con estas lecturas. De este modo, puedes empezar a recopilar las palabras de Dios a ti y para ti. Estas lecturas están divididas en cincuenta días. Pero sigue tu propio ritmo. Si quieres, puedes tomar cincuenta semanas. Simplemente, sigue avanzando. Las palabras de Dios para ti, combinadas con pedirle que te ayude, te transformarán la vida.

No te sorprenda que las palabras de Dios en las Escrituras coincidan con los intereses de tu corazón. Aquí hay algunas palabras que pueden ayudarte a empezar: “Dios... conoce los secretos del corazón” (Salmo 44:21).

Si alguna vez has orado en silencio, crees esto. Dios te oye y sabe lo que está en tu corazón, que es el lugar donde temes, escondes, amas, odias, deseas y sientes. Cuando alguien conoce lo que está en tu corazón y esa

persona te ama mucho más en lugar de alejarse de ti, tiendes más a dejar de esconderte y comenzar a hablar.

Respuesta

1. ¿Alguna vez tuviste una relación en la que tenías la libertad de ser abierto y sincero? Este es tu verdadero deseo. Con demasiada frecuencia, esto solo sucede en centros de rehabilitación y consultorios de terapeutas. ¿Alguna vez fuiste abierto y sincero con Dios? Este es el deseo de Dios. ¿Te resulta difícil creer? ¿Puedes imaginar por qué es así?
2. ¿A quién puedes pedirle que camine y hable contigo a medida que vayas leyendo?

Parte 1

Inseguridades, Temor a las Personas, Remordimientos y Fracaso

Día 1

Ser Visto

La buena literatura suele revelar sus temas más importantes al principio.

“Llamadme Ismael”, y se nos invita a entrar en la mismísima historia personal de *Moby Dick*. Cuando él dice: “no hay nada en particular que me interese en la costa”, uno sabe de inmediato que este comienzo casual predice aventuras en el mar mucho más que casuales.

Las Escrituras también revelan temas fundamentales al comienzo mismo. Echa un vistazo a Génesis 1–3. Allí encontrarás los conceptos básicos:

- Dios creó todas las cosas. Todo le pertenece a él.
- Dios nos creó para que estemos cerca de él.
- Nosotros somos los hijos de la realeza que debemos desarrollar la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. ¿De qué otro modo podríamos incorporar en el mundo los caminos de nuestro Padre y Rey?

- Nosotros tendemos a ser independientes. Preferimos determinar personalmente qué está bien y qué está mal. Somos como adolescentes que insisten con la independencia pero no pueden vivir independientemente. En el momento en que salimos por la puerta, decididos a confiar en nosotros mismos, nuestras ineptitudes se ponen de manifiesto.

Las consecuencias de esa búsqueda de independencia todavía se sienten intensamente. La primera de esas consecuencias es que, cuando tratamos de vivir por nuestra propia cuenta, nos escondemos y buscamos cubrarnos. “Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:7).

Así, la vida tal como la conocemos ha comenzado. La inseguridad, el fracaso y la vergüenza hacen su entrada, al unísono.

- ¿Te sientes a veces expuesto e inepto? Si es así, las Escrituras te invitan a unirte a la historia.
- ¿Has tratado alguna vez de ocultarte a fin de evitar la mirada desaprobadora de los demás?
- ¿En alguna ocasión te aferraste a una versión de “hojas de higuera”, tales como currículums, logros o una habilidad en particular? Si

es así, las Escrituras son *acerca de* ti y *para* ti.

Dios no presentaría este problema si no fuera a hacer algo al respecto. Él sabe que no podemos escondernos y florecer al mismo tiempo. Somos personas creadas para estar cerca de Dios y de los demás, y el esconderse socava estas relaciones. Dios, por supuesto, actuó: “Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” (Génesis 3:21).

Este fue un pequeño comienzo que preveía algo más... mucho más. Necesitamos cubrirnos, y solo Dios puede hacerlo. Una vez que lo observas, la historia está en todas partes en las Escrituras. No termina con pieles de animales. Esas pieles podían cubrir el cuerpo, pero la ineptitud, la vergüenza y los temores de ser vistos van mucho más profundamente. Una crítica irreflexiva de *cualquier* persona tiene el poder de exponer de qué modo no somos suficientemente aptos. ¡Cuánto más pueden las palabras y acciones humillantes de las personas cercanas a nosotros herir de manera profunda y dejarnos vulnerables e inseguros para siempre!

Por eso, Dios sigue haciendo algo. Lo anuncia por medio del profeta Isaías: “En lugar de vergüenza, recibirán doble herencia” (Isaías 61:7 RVC). La vergüenza indica que se han olvidado de ti y que eres desechado. Una doble herencia es una porción medible. Y el pueblo responde con gozo.

“En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas” (Isaías 61:10).

Hay regocijo en Jesús. Al reorientar tu lealtad al Señor —depositándole tu confianza—, te revisites de Cristo (Gálatas 3:27). Estás cubierto de su belleza y honra.

Puedes estar seguro de esto: Si Dios se acerca a los avergonzados y marginados, se encontrará contigo en medio de las inseguridades de la vida diaria.

Tu tarea es aprender los detalles de esta historia, ser atraído por ella, probártela y, luego, vivir dentro de ella. Cuando lo haces, Dios reescribe tus historias de ineptitud y vergüenza, y las cambia. Por ahora, basta con saber que esconderse es normal, que no es lo que Dios tenía planeado y que el arco de transformación comienza cuando dejamos atrás nuestros intentos de ser independientes y acudimos a Jesús. La seguridad, las vestiduras gloriosas y sus logros a nuestro favor están por delante.

Respuesta

1. Una tarea trascendental y desafiante es vincular las palabras de Dios con la vida diaria. Escribe algunas

formas en que las palabras de Dios, en el principio mismo, se relacionan con asuntos importantes de tu vida ahora.

2. Las Escrituras vinculan nuestra búsqueda de independencia a nuestras ineptitudes, inseguridades y tendencia a escondernos. ¿Puedes ver la conexión en aquellos que te rodean? ¿Y qué sucede con tu vida? Da un ejemplo o dos.

Día 2

Está en Todas Partes

“¿Conoces a alguien que *no* tenga inseguridades?”¹

Paul McCartney —el mundialmente famoso compositor, exintegrante de los Beatles, ícono británico— hizo esta pregunta. Las palabras de un crítico podrían empañar el ánimo de todos. Resulta ser que las personas sumamente exitosas son tal como el resto de nosotros. Nadie es inmune a sentir el peso de la inseguridad y el desagrado de los demás. No puede ser acallado por una enorme popularidad, ni por más dinero del que una persona podría gastar ni por la amplia aprobación y apoyo del mundo entero. Todas estas cosas dejan nuestra inseguridad en el mismo lugar en que se encontraban, así que necesitamos buscar otros lugares para hallar algo más duradero que apunte nuestra firme autoestima.

Hay muchas cosas envueltas en la palabra *inseguridad*. La idea es que las cosas malas *ciertamente*

¹ Chris Heath, “The Untold Stories of Paul McCartney,” GQ, 11 de septiembre de 2018, <https://www.gq.com/story/the-untold-stories-of-paul-mccartney>.

sucedarán y que no eres suficientemente poderoso para hacer algo al respecto; observa cómo refleja esto el concepto de la *ansiedad*. Ambas cosas predicen las malas que están por delante. Sin duda, tienen sus razones. Puedes perder trabajos, salud; o peor, a aquellos que amas. Pero todos estamos interesados en una cosa mala en particular.

Estamos inseguros y ansiosos debido a otras personas: su rechazo, su falta de amor, la decepción que nos producen sin siquiera vernos. Todo esto nos deja con sentimientos de ineptitud e insuficiencia personal. Podemos tratar de construir una fortaleza de identidad usando los recursos que podamos encontrar, pero no alcanzará. Todo el positivismo que puedas fomentarte interiormente se desvanece en un instante. Las otras personas siguen ejerciendo un gran poder sobre nuestras vidas. Y una isla desierta no es la respuesta. Tenemos demasiados recuerdos traumáticos como para estar a salvo allí.

Quedamos con un dilema. *No queremos* que otras personas nos vean porque podrían rechazarnos, y *sí queremos* que nos vean para que nos admiren a nosotros y nuestros logros.

Si tan solo pudieran ser más pequeños. Si nos molestaran solamente por un momento, en lugar de destruirnos. Si tuviéramos pieles más gruesas. Si pudiéramos encontrar fortaleza en algo más firme y más

confiable. Si pudiéramos tener mejores coberturas o menos razones para escondernos.

Comencemos reconociendo simplemente que, sí, podemos encontrar esas inseguridades en nosotros mismos. ¿Puedes pensar en una o dos ilustraciones de tu propia vida? Para las mujeres, el sentimiento frecuente es el temor o la vergüenza. En el caso de los hombres, suele sentirse en forma de enojo o de exceso de auto-protección —incluso de uno mismo—, a tal punto que uno casi no es consciente de que se siente rechazado.

Toma este pequeño paso: habla con Dios. Este es su deseo. Él te insta a que le hables. “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Salmo 62:8).

Estás hecho para ser transparente: primero, delante de Dios; y luego, con otras personas. Descubrirás que hay algo bueno y correcto en reconocer tus debilidades y temores. Dios es Aquel que te conoce, pero aun así valora que le hables de las cosas que más te importan y perturban. Hablar con Dios es parte de encontrar refugio en su Persona.

Respuesta

1. ¿Cómo describirías la sensación de estar inseguro? ¿Qué ejemplo encuentras en tu pasado? ¿Y en tu presente?

2. ¿Parece ser una noticia antigua el ser alentado a hablar con el Señor sobre cómo te sientes? Si es así, ¿por qué no lo haces? Es más difícil de lo que parece. Se parece más a saltar de un avión que a tomar un pequeño paso. De todos modos, ya sea que te resulte fácil o que nunca lo hayas hecho, este es un buen momento para practicar hablar.

Intenta esto. “No escondas tu rostro de mí. No apartes con ira a tu siervo; mi ayuda has sido. No me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación. Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá” (Salmo 27:9-10).

O esto: “Sí, Jesús, estoy entre los inseguros. Por favor, quiero oír más de lo que tú dices y no quedar estancado aquí”.